



ARMANDO PEGO PUIGBÓ  
*La escritura encendida*  
Barcelona: Edimurtra, 2005

**por Federico José Xamist**  
*Universitat de Barcelona*  
vorgerus@yahoo.es

LA PRESENTACIÓN DE ESTE LIBRO se enmarca en un ciclo de espiritualidad organizado por el ámbito de reposo espiritual y cultural Francesca Güell, ubicado en el monasterio de Sant Jeroni de la Murtra, el cual fue fundado en 1416 cerca de Barcelona. En este lugar se reciben personas que vienen a pasar unos días de soledad y silencio. Somos testigos, quienes vivimos aquí y quienes nos visitan, de la importancia de ese tiempo relacionado al cultivo del espíritu. Somos testigos de la efectividad de ese tiempo necesario.

El libro de Armando Pego versa sobre «literatura espiritual». Para ello, se estudian cuatro figuras, cuatro personas que han practicado este género en España a comienzos del siglo XX. Y digo personas, para enfatizar esa «humanidad» de la literatura que parte de la «humanidad» del escritor. En este sentido, no se trata de una apología partidista de ninguno de los cuatro personajes: José María Rubio, Pedro Poveda, Josemaría Escrivá de Balaguer y Pedro Arrupe. Pareciera, más bien, que se había de estudiar estas figuras porque dentro del panorama español de esa época, todos ellos, cada uno a su manera, intentó construir un puente entre espiritualidad y vida cotidiana.

Hasta comienzos del siglo XX, se había venido generando una profunda crisis entre ciencia y arte, lo que hoy llamamos con una sospechosa seguridad el mundo objetivo y el mundo subjetivo.

Esta crisis fue confinando el mundo del arte a un lugar apartado de la realidad, poniendo en duda su propia condición de realidad. Como señala Armando Pego:

Sobre la dialéctica objetividad-subjetividad se lleva a cabo un corte transversal que confina el conocimiento estético en el ámbito del gusto; en suma, de lo indemostrable por sí solo, por más que sirva de puente entre el entendimiento y la razón. Se crean categorías propicias como las de lo bello y lo

sublime, para caracterizar lo que no puede ser medido ni determinado científicamente aunque, sin embargo, sirven para tratar de establecer las relaciones entre percepción sensible y la actividad del entendimiento (31-2).

Eso que no puede ser medido ni determinado científicamente parece ser inverosímil, considerado desde un punto de vista «objetivo». Ahora bien, ni ciencia ni arte existen autónomamente. Ambas expresiones de la cultura surgen como una manera de comprender la vida y de estar en ella. Testimonio de esta manera humana de vivir es la palabra *téchnê* que en griego denomina lo que nosotros conocemos separadamente como ciencia y arte. Esta palabra se refiere a la habilidad necesaria para todo quehacer, y el camino de aprendizaje que ello supone.

A principios del siglo XX, cuando se ha consumado la separación de la cultura en ciencia y arte, se hace evidente que el origen de esta separación es, ante todo, una crisis de la propia vida. A esta crisis responden las vanguardias artísticas del siglo XX reformulando y replanteando el papel del arte. El arte ya no acepta ser una bonita imitación de la realidad ante la verdad absoluta de la ciencia. Busca encontrar su propio lugar, pero muchas veces termina igual de lejos con respecto a la vida: ya no como una imitación sino como un «arte por el arte». Por otro lado, justificándose en su efectividad, la ciencia intenta marginar toda experiencia de vida que no se deje determinar por su aparato conceptual.

Me parece que el libro de Armando Pego se sitúa lúcidamente en este contexto. Plantea el género de literatura espiritual no como una categoría cerrada, sino como un instrumento hermenéutico para comprender a unos hombres, unas obras y una época determinada. La reflexión del autor no ilumina sólo una parcela de la literatura, sino que ayuda a comprender todo el proceso cultural que da origen a esa literatura. En este sentido, aunque se trate de autores que pertenecen a un credo particular, sus obras iluminan igualmente el espíritu de su tiempo. Así pues, responden a una inquietud manifiesta en las mismas vanguardias artísticas del siglo XX: recuperar la espiritualidad de la vida en la vida misma, intención manifiesta ya desde el romanticismo.

Ahora bien, ¿cuál es el lugar de la literatura espiritual? ¿Cuáles son sus rasgos? ¿Cuál es la relación entre arte y realidad? Estas preguntas suscitadas por la lectura de este libro son inabarcables, pero ya en la manera como son planteadas constituyen una respuesta.

Armando Pego afirma que no se puede reducir esta coyuntura ni al determinismo ni al relativismo, es decir, al esquema sujeto-objeto. Con la intención de dilucidar esta situación de la literatura, Armando Pego cita al crítico Georges Steiner:

Todo arte y literatura de calidad empiezan en la inmanencia. Pero no se detienen ahí. Y esto significa sencillamente que la empresa y el privilegio de lo estético es activar en presencia iluminada el *continuum* entre temporalidad y eternidad, entre materia y espíritu, entre el hombre y el otro (159).

El arte comienza en la inmanencia y vuelve a ella activando una presencia iluminada, algo semejante a la imagen de Heráclito, que describe la reanimación del alma en contacto con el *lógos* universal, como los tizones se encienden de nuevo al acercarlos un fuego activo.

El arte es precisamente la posibilidad de construir ese *continuum*, un medio como el oxígeno para respirar y mantener encendido el fuego de la vida. Una manera de tocarse la vida práctica y la vida espiritual. En este sentido, todo arte y toda ciencia real, en cuanto expresiones de una misma vida, son espirituales, pues como afirma Armando Pego: «el punto de encuentro entre acción y contemplación es el lenguaje».

Una de las preocupaciones fundamentales en la obra de los cuatro autores estudiados es la educación. La educación es el terreno fértil, el humus de la cultura. A su vez, en el marco de esa crisis de la vida espiritual a comienzos del siglo XX, la educación es uno de los más arduos campos de batalla en el proceso de separación entre Iglesia y Estado. Sin embargo, podrá ser también un punto de encuentro entre ambas instituciones.

De ahí, el tremendo valor de la iniciativa emprendida, por ejemplo, por Pedro Poveda con la fundación de la Institución Teresiana, un proyecto de evangelización en la cultura y, a su vez, una manera de «inculturar» el evangelio, de darle lugar en la cultura. O, en el mismo tenor de diálogo con la sociedad moderna, la preocupación de Escrivá de Balaguer por el papel fundamental del laicado en la Iglesia del siglo XX.

Por su parte, José María Rubio y Pedro Arrupe contribuyeron a la construcción de un lenguaje para expresar, en su propio tiempo, la experiencia del misterio. El primero, con la inserción de un registro más cotidiano —más expresivo— en la retórica del púlpito; el segundo, con su contemplación activa, al emplear la literatura como un ejercicio espiritual, es decir, un ejercicio de vida. Armando Pego pone en evidencia y desentraña la relación entre esta actividad de los autores y su producción literaria, el gran deseo de Rimbaud: que la palabra rime con la acción. En palabras del autor:

Todos los grandes místicos cristianos han sido verdaderos gramáticos del Espíritu, porque al sentido que desborda toda comprensión no se accede sino a través de un largo proceso encarnado en la propia historia. Sus obras han sido el diario de esa indagación del sentido último y más radical de su vida. Un diario que han elaborado no sólo con la experiencia sin más sino que ha tomado cuerpo en una lengua, una cultura y una sociedad (160).

El capítulo final de *La escritura encendida* se titula «Rutas simbólicas de la escritura encendida». No se trata de una conclusión sino de un camino que se ha de transitar. En ese fragmento donde Heráclito se refiere a la relación entre el alma y el *lógos* habla de un «ir junto a»: permanecer en la cercanía que preserva el fuego, la misma cercanía de la vida que permite a la literatura ser algo más que letra impresa.

En este último capítulo del libro, el autor apunta:

Aunque pueda parecer reduccionista, puede ser de utilidad comenzar distinguiendo dos estructuras simbólicas que influyen en la fisonomía espiritual tanto de individuos como de colectividades. Me refiero al tipo apocalíptico y al tipo mesiánico. El uno espera la consumación del tiempo; el otro su plenitud. Ambos están inmersos en un sentido de inminencia; pero lo que para uno es la inminencia del fin (el futuro que viene), para el otro es el comienzo del fin (el presente que abre el futuro): escatología y kairós, respectivamente (190-1).

Me parece, aunque pueda ser más reduccionista todavía, que ambos arquetipos espirituales comparten algo fundamental: la experiencia del misterio, experiencia inminente en la vida cotidiana.

La mística es un lenguaje, pues consiste en establecer una «relación» entre nosotros y el misterio. Tanto para el místico como para el poeta la palabra es un bien, pues permite esta relación. Mística y poesía consisten en un «bien-decir».

El lenguaje de la mística no es más ni menos cierto que el de la ciencia. Ambos constituyen las fronteras de una misma realidad, nuestra realidad. La manera en que el cristiano se aproxima a esta realidad me parece certeramente apuntada en la frase del poeta ruso Osip Mandelstam: «para el cristiano la palabra es materia, y algo simple como el pan, gozo y misterio».

La obra de Armando Pego pone de manifiesto la tremenda importancia de atender a la crisis de la vida misma. No se trata de resolverla de manera totalitaria o relativista: tan sólo de situarse en ella, pues en ella nos movemos. En esta obra no se trata de legitimar ninguna ideología, ninguna institución, sino a través de una particular manifestación cultural, abrir el horizonte de ese sentido que desborda toda comprensión humana. Desde esta perspectiva, las últimas palabras de su libro son apenas el comienzo de ese camino por transitar, donde señala:

Los cuatro autores, encendidos en su escritura por el amor divino, dejan claro, una vez más, que el Espíritu sopla donde quiere. Tan cierto como las palabras de Jesús al final del evangelio de Juan dirigidas a Pedro: «Si yo quiero que éste se quede hasta que yo vuelva, ¿a ti, qué? Tú sígueme». De esa unión personal con Cristo, que no es exclusiva de ningún grupo ni que puede ser compartida en disputa, quizá dependa una audaz responsabilidad eclesial: «el siglo XXI será místico o no habrá Iglesia» (205)

RECEPCIÓN: 27 DE JULIO DE 2005  
ACEPTACIÓN: 27 DE OCTUBRE DE 2005